

JOHN MACARTHUR

Autor de éxitos de ventas según el *New York Times*

**¿A QUIÉN
PERTENECE
EL
DINERO?**



¿A QUIÉN
PERTENECE
EL
DINERO?

LIBROS DE JOHN MACARTHUR PUBLICADOS POR PORTAVOZ

- | | |
|---|---|
| <i>¿A quién pertenece el dinero?</i> | <i>Llaves del crecimiento espiritual</i> |
| <i>El andar del creyente con Cristo</i> | <i>Nada más que la verdad</i> |
| <i>El asesinato de Jesús</i> | <i>Nuestro extraordinario Dios</i> |
| <i>Avergonzados del evangelio</i> | <i>El Pastor silencioso</i> |
| <i>La batalla por el comienzo</i> | <i>Piense conforme a la Biblia</i> |
| <i>Cómo obtener lo máximo de la Palabra de Dios</i> | <i>Los pilares del carácter cristiano</i> |
| <i>Cómo ser padres cristianos exitosos</i> | <i>El plan del Señor para la Iglesia</i> |
| <i>Cómo sobrevivir en un mundo de incrédulos</i> | <i>Los planes proféticos de Cristo</i> |
| <i>El corazón de la Biblia</i> | <i>El poder de la integridad</i> |
| <i>De tal manera amó Dios...</i> | <i>El poder de la Palabra y cómo estudiarla</i> |
| <i>La deidad de Cristo</i> | <i>El poder del perdón</i> |
| <i>El diseño de Dios para tu familia</i> | <i>El poder del sufrimiento</i> |
| <i>Distintos por diseño</i> | <i>¿Por qué un único camino?</i> |
| <i>El evangelio según Dios</i> | <i>Porque el tiempo sí está cerca</i> |
| <i>La gloria del cielo</i> | <i>Salvos sin lugar a dudas</i> |
| <i>Jesús: preguntas y respuestas</i> | <i>Sé el papá que tus hijos necesitan</i> |
| <i>La libertad y el poder el perdón</i> | <i>La segunda venida</i> |
| <i>El llamado de Cristo a reformar la iglesia</i> | <i>Teología sistemática</i> |
| | <i>El único camino a la felicidad</i> |
| | <i>La verdad para hoy</i> |

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

- | | |
|------------------------|--|
| <i>Mateo</i> | <i>Gálatas, Efesios</i> |
| <i>Marcos</i> | <i>Filipenses, Colosenses y Filemón</i> |
| <i>Lucas</i> | <i>1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito</i> |
| <i>Juan</i> | <i>Hebreos y Santiago</i> |
| <i>Hechos</i> | <i>1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas</i> |
| <i>Romanos</i> | <i>Apocalipsis</i> |
| <i>1 y 2 Corintios</i> | |

¿A QUIÉN
PERTENECE
EL
DINERO?

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Whose Money Is It, Anyway?*, © 2000 por Word Publishing, una subsidiaria de Thomas Nelson, Inc., P.O. Box 141000, Nashville, Tennessee 37214.

Edición en castellano: *¿A quién pertenece el dinero?*, © 2005 por Word Publishing, una subsidiaria de Thomas Nelson, Inc. y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5810-1

2 3 4 5 / 31 30 29 28 27 26 25

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

Contenido

<i>Introducción</i>	7
1. La moralidad del dinero	13
2. Pautas y amonestaciones sobre el dinero	27
3. Elementos fundamentales de la administración bíblica	45
4. Nuestras verdaderas riquezas están en el cielo	67
5. El modelo bíblico de la dádiva	79
6. Las características de la dádiva bíblica	97
7. ¿Diezmo o dádiva voluntaria?	113
8. Administración con integridad	133
9. El verdadero camino a la prosperidad	155
<i>Apéndice: La fantasía seductora del juego</i>	169
<i>Guía de estudio</i>	187
<i>Notas</i>	205

Introducción

Hace ya algún tiempo que tenía pensado escribir otro libro sobre la dádiva. El primero que escribí, *Giving God's Way* [La dádiva al estilo de Dios], fue publicado por Tyndale House en 1978. Pero no he hecho otro libro porque me había convencido a mí mismo de que nadie lo compraría. ¿Por qué? Porque la mayoría de las personas se sienten bastante mal respecto a lo que no dan y a lo que gastan. Así que, ¿por qué van a comprar un libro que los va a hacer sentirse peor, o que les va a enseñar a dar más de su dinero, del que tan renuentes están a separarse?

No quiero que se sienta peor, quiero que se sienta mejor. Pero la solución para sentirse mejor es entender lo que la Biblia dice sobre dar y gastar.

Es por eso que me siento obligado a escribir un libro que responda la pregunta retórica: *¿A quién pertenece el dinero?*

Permítame decirle a qué me refiero con ese título. La credibilidad de nuestro cristianismo está en juego en cuanto a la forma de manejar nuestras finanzas. Es por eso que debemos tomar el dinero como una administración. Si su empleador le da cien dólares para comprarle algo y luego le exige una contabilidad de cómo empleó el dinero, usted va a cuidar muy

bien de ese dinero. Pero si usted tiene cien dólares suyos, los gastará en lo que a usted le plazca. ¿Pero de quién es ese dinero realmente? La respuesta es: De Dios. Así que, ¿si usted tiene que rendirle cuentas a su empleador, cuánto más tendrá que rendirle cuentas a Dios de cómo gasta el dinero de Él?

Sin embargo, usted tiene un enemigo de la administración del dinero de Dios. El mundo quiere utilizar todo su dinero de modo que no tenga nada que dar. Los anuncios publicitarios compiten unos con otros para persuadirlo de que compre sus productos con el dinero que tenga disponible. Y si no tiene dinero suficiente, los bancos y las instituciones de préstamos están dispuestos a proporcionarle un crédito para que pueda comprar esos productos. Esto lo endeuda y limita aún más los recursos que puede usar en la dádiva. Indudablemente vivimos en una cultura indulgente y materialista y eso influye sobre nuestra dádiva.

Se da cuenta de que las personas consumen el cincuenta por ciento de las horas que pasan despiertas pensando en el dinero: ¿Cómo conseguirlo, cómo gastarlo, cómo ahorrarlo, cómo invertirlo o cómo pedirlo prestado? Hay un lugar para ahorrar. Hay un lugar para la planificación sabia. Hay un lugar para satisfacer sus necesidades. Pero primero debe entender cómo dar, dónde dar, hasta cuánto dar. También debe saber lo que lo debe motivar a dar y qué le sucederá si sí da y qué le sucederá si no da. Esas son las preguntas a que daré respuesta en este libro.

Comenzaremos analizando lo que Dios tiene que decir acerca del dinero en general. En el primer capítulo analizaremos la naturaleza del dinero y estudiaremos de modo más profundo el atractivo del materialismo. En el capítulo dos estudiaremos las Escrituras para ver las pautas y amonesta-

ciones bíblicas sobre el dinero. El capítulo tres se centrará en los elementos fundamentales de la administración bíblica, incluso los medios bíblicos para adquirir dinero. El capítulo cuatro concluirá nuestro estudio general del dinero con una descripción de la actitud que debe adoptar con respecto al dinero.

El capítulo cinco da inicio a nuestro estudio de los detalles de la dádiva bíblica al establecer un modelo para la misma. En ese capítulo daremos respuesta a estas preguntas: ¿Cuándo debemos dar? ¿Alguien está exento de dar? ¿Cómo debemos dar? ¿Cuánto debemos dar? El capítulo seis es en esencia una recopilación de las características bíblicas de la dádiva. El capítulo siete responde una pregunta importante que ha generado mucha confusión durante años: ¿La Biblia enseña que el diezmo o la dádiva voluntaria constituyen el método apropiado para los creyentes de hoy día? El capítulo ocho define la administración bíblica y en el último capítulo concluiríremos haciendo un estudio del verdadero camino a la prosperidad.

He añadido un Apéndice sobre un tema que cada vez se hace más pertinente en la medida en que nuestro país experimenta una proliferación de loterías dirigidas por el estado. Yo le llamo “La fantasía seductora del juego” porque analiza las fórmulas para enriquecerse rápidamente que en esencia les roban el dinero a las personas. Y plantea de un modo directo por qué el juego no está bien y no es bíblico de ninguna manera, como algunos sostienen que sí lo es.

Jesús dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35). Es más bienaventurado en todos los aspectos. Y cuando dé como Dios ha mandado, usted experimentará liberación, recompensa, gozo, profundas riquezas y una guía al camino a la prosperidad. Disfrute del viaje.

I

El mundo se inquieta, lucha y trabaja —a menudo al punto del agotamiento— por la certeza de que tiene suficientes riquezas. Pero eso no es necesario porque nuestro Padre celestial conoce nuestras necesidades y promete proveer para nosotros diariamente.

La moralidad del dinero

Tener un criterio adecuado del dinero y las posesiones y manejarlas bíblicamente constituyen serios retos a los que se enfrentan todos los cristianos. Por providencia divina, las personas se encuentran en disímiles situaciones financieras, pero todos tenemos que lidiar con las mismas preguntas: ¿Qué hacemos con nuestros recursos? ¿Cómo debemos gastar nuestro dinero? ¿Cuánto debemos ahorrar e invertir? Esas preguntas ponen a prueba constantemente la autenticidad e integridad de nuestro andar espiritual. El modo en que un creyente maneja la administración de sus finanzas y posesiones habla mucho de su condición espiritual.

Para recalcar cuán importante resulta para Dios el tema del dinero y las posesiones, dieciséis de las treinta y ocho parábolas de Cristo hablan de cómo las personas deben manejar los tesoros terrenales. De hecho, nuestro Señor enseñó más sobre tal administración (uno de cada diez versículos en los Evangelios) que sobre el cielo y el infierno juntos. La Biblia completa tiene más de dos mil referencias a las riquezas y las propiedades, el doble de las referencias totales a la fe y la oración. Lo que hagamos con las *cosas* que Dios nos ha dado es muy importante para Él.

La naturaleza del dinero

El dinero en sí no es bueno ni malo, es moralmente neutral. Sin embargo, el dinero es una medida exacta de la moralidad de una persona. Cuando nos referimos al dinero nos referimos a nuestro medio de intercambio económico, algo tan vital que define cómo vivimos día a día. En una sociedad basada en el efectivo podría haber resultado difícil rastrear el uso que una persona hace del dinero, pero hoy día una ojeada a su libro de contabilidad o a su estado de cuenta de su tarjeta de crédito fácilmente revelará el paradero de su dinero. Y donde gasta su dinero determina dónde está su corazón y cuáles son las prioridades de su vida (Mt. 6:20–21). Alguien que vea el patrón de sus gastos puede discernir con bastante certeza la dirección moral de su vida.

En contra del hecho de que el dinero es amoral, la sabiduría convencional ha creído durante siglos que necesariamente el dinero corrompe. Pero tal valoración se opone a la experiencia normal y la buena lógica. Ciertamente hay personas ricas corruptas que manifiestan su corrupción a través de la mala utilización de sus riquezas, pero también hay personas ricas justas que demuestran su justicia por la forma piadosa en que invierten su riqueza. Igualmente, entre las filas de los pobres siempre ha habido aquellos que son corruptos y aquellos que son justos. Así que, el dinero no necesariamente corrompe. Pero su uso sí revela la corrupción interna e inherente de las personas. El dinero no es el problema esencial; es sencillamente un indicador del problema real, el cual es un corazón pecaminoso.

Incluso algunos cristianos han aceptado el criterio erróneo de que el dinero corrompe y que la causa subyacente de todos los problemas de la vida. Argumentan que no es

correcto que los creyentes tengan más dinero que el que necesitan para suplir las necesidades básicas de la vida. Abogados más radicales de esa posición podrían exhortar a que todos los cristianos se unieran y colocaran todo su dinero en un depósito común del que pudieran compartirlo equitativamente, en esencia, promueven una forma cristiana de comunismo.

Aquellos que proponen una posición tan extremista sobre la administración del dinero citarán siempre Hechos 2:44–45 buscando apoyo bíblico: “Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno”. Pero lo que la iglesia primitiva hizo en Hechos 2 no apoya ninguna forma de comunismo cristiano. Entre los creyentes de la iglesia primitiva, había algunos que tenían dinero, posesiones y propiedades y otros que no. Cuando los que poseían poco o nada tenían necesidades, los que tenían los recursos en ocasiones vendían una parte de lo que les pertenecía y les daban el dinero a sus hermanos creyentes necesitados. El libro de Hechos no dice que la iglesia primitiva haya hecho un fondo común de sus recursos y lo haya distribuido equitativamente entre los miembros.

Así desde sus inicios, la iglesia no vio el dinero como bueno ni como malo, sino como un don de Dios que podía proveer diariamente para las necesidades propias de una persona y con regularidad satisfacer las necesidades de otros.

Todas las riquezas provienen de Dios

Los profetas del Antiguo Testamento expusieron la verdad de que todas las riquezas provienen de Dios: “Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:8; cp. Job 28; Sal. 104:24). Porque Dios, como creador de la tierra, sea

dueño de todo de todas maneras, Él ciertamente no le prohíbe a la humanidad que use su dinero. Dios le concedió al hombre la sabiduría y el privilegio de convertir los ricos recursos de la tierra en mercancías valiosas y sus propios talentos en servicios comercializables. Un resultado natural fue el uso de varios metales de la tierra para hacer monedas y el uso de los árboles para hacer papel para el papel moneda. Él quiere que sabiamente aprovechemos los recursos naturales de la tierra para esos y otros propósitos económicos.

En Deuteronomio 8:18, Dios se adentra en otro aspecto: “Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas...” Él no solo ha creado la materia prima para las riquezas, sino que también nos ha dado la capacidad mental y física de ganar riquezas y de usarlas.

El Señor en su providencia ha hecho único a cada ser humano, con diferentes habilidades para ganar dinero. Como resultado, las personas han escrito grandes libros y han compuesto extraordinarias piezas musicales, han pintado cuadros memorables y han producido obras maestras teatrales y cinematográficas, han diseñado maravillas de ingeniería, han desarrollado nuevos negocios y han descubierto adelantos tecnológicos indispensables, los que en su totalidad han generado ingresos personales y han beneficiado las estructuras económica y social del mundo. Tales esfuerzos se encuentran todos dentro del marco del propósito creativo y el plan soberano de Dios para el uso de la humanidad de las grandes riquezas de la tierra (cp. 1 Co. 4:7).

Dios quiere que entienda que el dinero por sí mismo es moralmente neutral y que Él, como la fuente máxima del mismo y de todos los bienes materiales, ha distribuido todas las riquezas a modo de administración. Todos manejamos las

riquezas de Dios. El dinero y las posesiones se convierten entonces en pruebas de moralidad y dan lugar a estas preguntas personales:

¿Qué va a hacer con las riquezas que tiene? ¿Pasará esta prueba crucial y constante de su vida espiritual y moral? Tristemente, como veremos, muchos creyentes profesos —fundamentalmente en las últimas décadas— no han podido pasar la prueba y han deshonrado a Dios.

El fracaso de la prueba: El atractivo del materialismo

Aunque no resulta pecaminoso tener dinero y posesiones, resulta definitivamente pecaminoso acaparar, adorar y codiciarlas como símbolo de prestigio y excederse edificando su vida alrededor de ellas. Tales posturas siempre han sido comunes en el mundo, pero en las pasadas y numerosas generaciones también han atrapado a la iglesia y se han convertido en un gran problema allí. El evangelicalismo, en lugar de estar separado del mundo y ofrecer una alternativa distinta y piadosa al criterio de riqueza del mundo, se ha permitido excesos y se ha entusiasmado con el materialismo. Creo que es algo decepcionante y horrible que muchos cristianos profesos ya no estén dispuestos a ser la escoria del mundo (1 Co. 4:13).

Hace veinte años John White escribió un prestigioso libro titulado *The Golden Cow* [La vaca de oro], el cual aún hoy resulta muy útil. En el mismo él acusó a la iglesia evangélica convencional del pecado de adorar la vaca de oro del materialismo. Un gran remedio, según planteara White de una manera vívida, es que Cristo usara su azote de castigo y, tal como fue, limpiara el templo de nuevo. Luego el autor

presentó este análisis satírico y aleccionador, el cual quizás ahora sea más aplicable:

Un becerro no, ¿qué te parece?, sino una vaca. Yo le llamo una vaca *de oro* porque sus ubres están repletas de oro líquido, fundamentalmente en el occidente donde pastan en exuberantes praderas de verdes. Sus sacerdotes la apaciguan masacrando principios piadosos cuyo derramamiento de sangre ella observa con tranquila satisfacción. Inquietas filas de adoradores bajan la cerviz antes sus baldes. Aunque el oro sale a chorros incesantemente los adoradores tiemblan no sea que el suministro de víctimas expiatorias un día deje de apaciguarla...

El fundamentalismo es mi madre. Me crié en su cálido seno. Me cuidó con amor y me enseñó todo cuanto sabía. Le debo (humanamente hablando) mi vida, mi alimento espiritual y muchos de mis primeras alegrías. Ella me presentó al Salvador y me enseñó a alimentarme del pan de vida. Nuestra relación no fue completamente color de rosas, pero ella fue la única madre que tuve. En aquel momento me aferré a ella y ahora me resulta difícil no tenerla. Si en ocasiones me decepcionó ya tengo edad suficiente para darme cuenta de que ninguna madre es perfecta. Pero enterarme de que era una prostituta, que se dejó usar por las riquezas, era otro asunto. Y a medida que el amplio movimiento evangélico fue ocupando gradualmente su lugar en mi vida me resultó doloroso descubrir lo mismo por segunda vez.¹

Creo que el materialismo constituye un problema aún más grave al que se enfrentan las iglesias contemporáneas hoy día. Hay tantos miembros en las iglesias que son igual que el rico insensato que quería construir graneros cada vez más grandes (Lc. 12:16–18). Sin embargo, él no era un modelo para los creyentes. Nunca le presentaremos una alternativa justa a los incrédulos si adoptamos los criterios y las prácticas del mundo.

Podemos comenzar a contener la marea del materialismo teniendo sencillamente motivos bíblicos y prácticas balanceadas con respecto a la compensación del pastor. John White brinda su comprensión convincente de cómo debe hacerse:

¿Qué habría de malo en darle [al pastor] cincuenta por ciento más de cualquiera que sea la suma que parezca razonable? ¿Teme que *lo* pueda volver demasiado pendiente del dinero? De ser así, ¿en qué le correspondió a usted nombrarlo? Si ocupa una posición en la que debe elegir a un pastor, debiera también saber que Dios espera que discierna si él tiene alguna debilidad por el dinero. ¡Y si él tiene una debilidad por el dinero, nunca debió haberle dado la responsabilidad de un pastorado (1 Ti. 3:3)!

A algunas iglesias les gusta conceder salarios altos porque el nivel de vida de los pastores afectará en cuanto a la clase de personas que asistan. (Pastor elegante; congregación elegante.) A Dios le preocupan los motivos no las cantidades. ¿Le molesta la idea de que su pastor tenga mucho dinero? ¡Entonces duplíquele su salario! ¿Para qué? Para demostrarle que lo ama. ¿Pero no hay mejores maneras de mostrar amor? Pues claro que las hay, ¿pero por qué no mostrarle amor también de esta forma? ¿Me pregunta qué sucede si el salario de él es muy alto? Yo le respondo, eso es problema del pastor. Por ejemplo, él podría regalar más dinero. Ore para que él tenga sabiduría al manejar lo que él no necesita.²

Todos los creyentes, no solo los pastores, necesitan darse cuenta de que no es cuestión de cuánto dinero tiene; es cuestión de dónde está su corazón y de lo que hace con lo que tiene.

A todos nos hace falta revisar nuestras actitudes hacia los lujos y las necesidades. Proverbios 30:8–9 dice: “No me des pobreza ni riquezas; Mantenme del pan necesario; No sea que me sacie y te niegue y diga: ¿Quién es Jehová? O que

siendo pobre, hurte, Y blasfeme el nombre de mi Dios". Las riquezas o la falta de la misma constituyen una prueba constante para nosotros. Si tenemos más de lo que necesitamos, estaremos tentados a no confiar en Dios. Si no tenemos suficiente, estaremos tentados a deshonrar su nombre. La clave para pasar la prueba de la riqueza se halla sencillamente en confiar en Dios, quien es infinitamente mayor que todas las riquezas del universo.

Cómo pasar la prueba: El tesoro de la satisfacción

El diccionario define satisfecho como "que siente o manifiesta satisfacción con sus posesiones, estado, o situación". Sin embargo, para el cristiano una definición de satisfacción va más allá de las cuestiones del éxito y las riquezas mundanas. Hallará verdadera satisfacción en Dios cuando se dé cuenta de que su Padre celestial es dueño de todo, lo controla todo y lo provee todo. Aceptar incondicionalmente estas verdades comenzará a guiarlo a la victoria sobre la dominante serpiente del materialismo.

Dios es dueño de todo

Dios es el único propietario de todo lo que usted posee —sus ropas, su casa, su auto, sus hijos, su computadora, su reproductor de discos compactos, sus inversiones, sus equipos deportivos, su césped y su jardín— y todo lo demás que se pueda imaginar. El rey David afirmó esa verdad varias veces: "porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas... Las riquezas y la gloria proceden de ti y tú dominas sobre todo" (1 Cr. 29:11–12); "De Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo y los que en él habitan" (Sal. 24:1).

Como Dios es dueño de todo, realmente usted nunca

puede adquirir algo nuevo porque ya es de Él. Aceptar este planteamiento resulta crucial para alcanzar una actitud bíblica de satisfacción.

Ya sea desde su propia perspectiva o desde la de Dios, usted tiene que lidiar con sus posesiones. Siempre que le pertenezcan a Él, usted debe dejar de preocuparse y dejar que Él se ocupe de ellas. Así fue como reaccionó John Wesley un día cuando recibió la noticia de que su casa se había destruido por un incendio. Él dijo sencillamente: “La casa del Señor se quemó. Una responsabilidad menos para mí”.

El enfoque de Wesley era correcto, pero así no es como el mundo nos enseña a responder. El legado del mundo para nosotros es la acumulación egocéntrica de propiedades, pero es necesario que cambiemos esa perspectiva. *No somos dueños de nada*. Por ende, si alguna vez pierde algo, realmente no lo pierde, porque nunca fue de su propiedad. Si alguien necesita algo de lo que usted tiene, él puede estar tan facultado como usted a tenerlo, porque usted no es dueño de ello. Dios sí lo es.

Dios lo controla todo

Se desprende que si Dios es dueño de todo, Él también lo controla todo. El Antiguo Testamento hace énfasis en que Dios controla soberanamente todas las circunstancias para sus propios fines. Isaías 46:9–10 dice: “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios y no hay otro Dios y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá y haré todo lo que quiero” (cp. 1 Cr. 29:11–12; Job 23:13; Sal. 33:11; Pr. 16:9; 21:1, 30).

Daniel expresó la misma idea cuando agradeció y bendijo

jo a Dios por revelarle el significado del sueño del rey: “Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. ²¹El muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes; da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos. ²²El revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz” (Dn. 2:20–22).

Ese mismo tipo de teología sostuvo Daniel cuando fue echado al foso de los leones (Dn. 6). A pesar de las circunstancias peligrosas de estar rodeado por leones hambrientos, al parecer Daniel no estuvo relativamente en aprietos en el foso. El versículo 23 dice: “fue Daniel sacado del foso y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios”.

Mientras tanto, el rey Darío había pasado la noche en perfectas condiciones en su palacio real, aún así no pudo comer, dormir, beber, ni ser entretenido. ¿Por qué una comparación tan improbable entre Daniel y el rey? Porque Daniel tenía una fe segura de que Dios tenía el control soberano de todas las cosas, Darío estaba nervioso y temblaba porque él no conocía al Controlador divino y creía que la situación se le estaba saliendo de control.

Si Daniel podía confiar en el control de Dios sobre una situación que amenazaba su vida, puede confiar en el control de Dios sobre todas las circunstancias, incluso hasta en la preocupación financiera más pequeña.

Dios lo provee todo

Dios es dueño de todos los recursos y controla cada circunstancia de modo que Él puede proveer para cada necesidad de su pueblo. El apóstol Pablo le aseguró a la iglesia de Filipos

que “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

Uno de los nombres hebreos más hermosos de Dios es *Jehovah-jireh*: “Jehová proveerá” (Gn. 22:14). La provisión de Dios para aquellos que confían en Él es tan característica de su naturaleza que constituye uno de sus nombres. Puede que nunca dude de la mayoría de los atributos de Dios (por ejemplo, su santidad, amor, bondad, poder, justicia y gloria), pero puede que en ocasiones se pregunte si proveerá o no para sus necesidades. Sin embargo, eso es exactamente de lo que Jesús advirtió a sus seguidores en Mateo 6:25–34 cuando Él les dijo que no debían afanarse por qué habían de comer, de beber, o vestir.

Dios aún es *Jehovah-jireh*, el Dios que provee y es por eso que David dijo: “Y no he visto justo desamparado, Ni su descendencia que mendigue pan” (Sal. 37:25). Una paráfrasis de Lucas 12:30 dice: “Toda la humanidad se afana por su pan de cada día”. El mundo se inquieta, lucha y trabaja —a menudo al punto del agotamiento— por la certeza de tener suficientes riquezas. Pero eso no es necesario porque nuestro Padre celestial conoce nuestras necesidades y promete proveer para nosotros diariamente.

Si sabe que Dios es dueño de todo en el mundo, controla todos sus activos y que puede proveer para usted como su hijo, entonces no hay necesidad alguna de que confíe en el lujo, de que sea atraído por el materialismo, ni de hacer acoños para el futuro. No es necesario que su vida diaria como cristiano gire en torno a estas preocupaciones, sino en torno de estar satisfecho con lo que usted tiene (1 Ti. 6:6–8; He. 13:5). No tiene que ser dueño de todo ni tener el control de todas las circunstancias para tener dinero suficiente para sus necesidades básicas. En cambio, puede echar a un lado toda

preocupación y afán en cuanto a sus necesidades y recibir con alegría lo que Dios le conceda para que lo invierta en su reino (Mt. 6:31–34). Esa es la respuesta bíblica de cómo debemos ver la riqueza y cómo nosotros debemos comenzar a lidiar con cualquier preocupación orgullosa y egoísta por la avaricia y el materialismo.